

## LA CANCIÓN DEL DESAMOR

El hombre moreno entonó una nana de muerte en el verde café. Los ojos de la joven escaparon por la puerta abierta. Corrieron cuesta abajo en una tarde de Sorolla, mientras eran mecidos por la canción del vacío. El cadáver amoratado de Alfonsina Storni fue arrastrado por las olas del mar hasta chocar con fuerza contra los cristales melancólicos de las esferas luminosas. El cuerpo frío y rígido de la Storni se abrió en heridas de desamor. Dos ríos de sangre mancharon la cara de la joven. Por el camino, una fingida alegría tejía la máscara del orgullo. Llegó a su casa y se miró al espejo. Su mente era el gramófono de la obsesión. El disco rayado de la locura. Un oscuro ataúd amortajó el sufrimiento de su cuerpo rectangular. Una cruz fue clavada en su corazón. Era la muerte de una vampiro del amor. Los días pasaban y un sufrimiento masoquista, en forma de cientos de hormigas que invadían su cuerpo, se recreaba en ella. Una gran parálisis la inutilizó. Ya no podía caminar. Por primera vez en su vida se sintió como una tullida. Era el retrato vivo del cuerpo descuartizado de Frida Khalo. Una joven tullida que necesitaba de un par de muletas para volver a caminar. Fue entonces cuando en su mente surgió la invención de un personaje; unas gafas de sol, una amiga argentina, una fuente y el desempolvar los recuerdos de la Caja de Pandora de su vida. Unas gafas de sol para ocultar su dolor, una amiga argentina para sentir que aún estaba

viva y el murmullo de una fuente para dormir su ensordecedora mente. Sobre la pantalla en blanco del correo electrónico esbozaba una gran regresión dirigida a alguien, a nadie y a todos. Una dolorosa aceptación de sí misma. Los días pasaban y su exhausta cabeza, de la cual brotaban larvas de descomposición, iba recuperando la frescura gracias a las canciones del agua cristalina. Como cuando era una niña de siete años, un sentimiento de autoestima iba creciendo en ella. La alegría de sentirse aceptada por sí misma le hacía recuperar el sentimiento mágico de la ilusión de estar viva. Todo lo que le rodeaba suponía un motivo de alabanza al cielo. Su amiga argentina, su alma gemela, compartía el pan de su existencia. Sus sufrimientos y sus alegrías eran los frutos del banquete. A la festiva mesa de la vida invitaba a los seres que se encontraba en su camino. No hacía distinción. La gracia de la reconciliación inundaba de paz su sufrido espíritu. Las oscuras gafas quedaron apartadas. Lloraba valientemente a la luz del sol que de nuevo había nacido para ella. De la canción del desamor había aprendido a quererse.